

ro castigo que los que se hicieron en Tolosa de Francia con Vanini, en Ginebra con Servet, y en Roma con Giordano Bruno.

Tales atrocidades, no lo dude usted, nacieron del mismo erróneo y algo pueril concepto, que yo combato, de atribuir á la filosofía especulativa una utilidad práctica é inmediata. Nada más relativo, nada más fluctuante ni más dependiente de la opinión y de los intereses de cada edad y de cada estado social, que lo útil. ¿Cómo valerse de ello para tasar y medir una ciencia que es, ó que aspira á ser, la ciencia de lo absoluto, de lo que no cambia, de la concordancia, ya que no de la identidad del sujeto y del objeto, alzándose así por cima de todo?

Dejemos, pues, que los espíritus se encumbren en su vuelo metafísico, ya desatinen, ya atinen. Y en vez de condenar la filosofía, como hizo Catón Censorino, digamos como el Dios benigno de Goethe, en el *Prólogo en el cielo* del *Fausto*:

«El hombre yerra mientras aspira.»

y, en gracia de la aspiración, aplaudamos hasta los yerros, cuando están hábilmente entrelazados y formando juntos una construcción pasmosa y un monumento gigante, donde caben y entran cielo y tierra. Así, por ejemplo, el de Aristóteles en la antigüedad y el de Hegel en nuestros días.

Fara llegar á ser un gran metafísico, es menester amar la metafísica con pleno desinterés y por ella sólo; como para ser un gran poeta es menester amar la poesía, y la pura santidad para ser santo. Bellaco, no santo, sería quien aspirase á la santidad por el aliciente de salir haciendo milagros. Con sobrada razón censuraba el famoso Francisco Sánchez á los sabios ó aspirantes á sabios por el provecho: *Omnes, dice, aut ad laudem, aut dignitates, aut divitias: vix unus scientiam amplectitur propter seipsam: sicque tantum quisque laborat solum, quantum sufficiat ad acquirendum finem, non scientiae, sed ambitionis suae.*

La ambición mundana, aplicada á la metafísica, implica además demencia;

porque, aun suponiendo que el hombre puede llegar con el tiempo á adquirir la ciencia fundamental, de suerte que le valga para dominarlo y poseerlo todo, después de haberlo comprendido y como creado otra vez en su mente, esto será dentro de miles de años; se pierde en oscuro y remotísimo porvenir.

Por ahora—y este *por ahora* será muy largo,—la metafísica, que no morirá nunca, por grande que sea el desarrollo de las ciencias experimentales, más atormenta que aprovecha.

Yo, á pesar de las críticas *kantianas*, no he dudado nunca de que la realidad responda al concepto que yo formo de ella por los sentidos; de que lo que conozco es como lo conozco; pero conozco poco, y lo poco que conozco, lo conozco muy someramente, y no sólo fuera de mi conocimiento hay ó debe haber muchísimo, sino que hasta lo que está dentro de mi conocimiento, no está penetrado sustancialmente por mí, sino entendido sólo por algunos accidentes y cualidades superficiales. De aquí que toda metafísica fundada sobre la experiencia, como

hoy la quieren Alfredo Fouillée y otros, me parece ensueño mezquino. Podrá ser mateseología, corona y remate de la enciclopedia, clasificación y unificación sistemática de todo lo humano y sensiblemente conocido; pero lo esencial de la naturaleza y de cuanto hay de inmanente y de trascendente, se quedará fuera de esta ruin y apocada metafísica.

Tampoco soy yo escéptico idealista, sino que doy por firme que mi entendimiento, si bien se diferencia cuantitativamente, no se diferencia cualitativa y esencialmente de cualquier otro entendimiento, aunque sea el increado, á cuya semejanza se formó el de todo hombre. Considero, pues, que en él hay potencia para crear una metafísica, no fundada en lo experimentado, sino superior y anterior á la experiencia, para la cual nos ilustra y capacita.

Y, sin embargo, si yo creo posible esta metafísica, disto infinito de crearla actuada ó escrita. Sólo existen, acaso en borrador y en desorden y sin coordinación dialéctica, más aceptados por fe que por demostraciones, sus primeros y más

rudimentales capítulos, y, como si dijéramos, el proemio.

Si este proemio, que se lee y se estudia mejor en los catecismos de diversas religiones que en los tratados filosóficos, es lo que usted llama metafísica, convengo en su utilidad y aun en su necesidad. En él se fundan las leyes, el orden social, la moralidad, los deberes y los derechos; pero convengamos también en que dicho proemio más se impone por fe que por discurso, más tiene de revelación que de reflexión, y es más espontáneo que razonado. Será metafísica, pero es metafísica precientífica. En cambio, la metafísica de que tratamos aquí, y cuya utilidad niego, es la deseada y no lograda, ó, mejor dicho, la aspiración á lograrla, que es la más noble y divina aspiración que tiene el hombre.

Es más: á mí se me figura que si (como caso portentoso y excepcional) llegase alguien en nuestros días á poseer la metafísica científica y completa, tendría que guardarla para sí y no transmitirla, porque la humanidad aún no está bastante educada, y no lo entendería nadie.

Sería doctrina esotérica, inefable y oculta, que haría poseedor al sabio que la tuviese de todos los misterios, fuerzas y principios de naturaleza, y le habilitaría para mudar de formas, para desprender su espíritu de la prisión corpórea é irse con rapidez más que eléctrica de un extremo del mundo á otro extremo, al través de los espacios intersiderales, y para obrar otros mil, en concepto del vulgo, sobrenaturales prodigios, aunque fuesen actos naturales en él.

Lo que no podría hacer el sabio taumaturgo sería enseñar y divulgar su ciencia. Imitando á San Pablo, tendría que decir á sus adeptos que los alimentaba con leche, y no con manjares sólidos, por ser ellos muy pequeñitos aún y como niños de teta.

Tal vez, en el estado actual de la civilización, ni siquiera haya lenguaje humano en que esta ciencia quepa y se formule y exprese.

La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. Por eso digo que no es útil. La flor trae deleite subdísimo. La utilidad, muy subida también,

vendrá más tarde, cuando de la flor,

Que nos da en esperanza el fruto cierto,

salga el fruto, y grane y madure, dentro
acaso de sólo Dios sabe cuántos siglos.
Por lo pronto, no habiendo metafísica
granada, ¿cómo quiere usted que sea
útil?

Proclamándola yo inútil, la reverencio,
la adoro y hago de ella mayor alabanza
y defensa que la que hizo el célebre car-
denal Sadoletto y celebraron Bembo y la
bella y discreta duquesa de Urbino.

¡Quiera el cielo que el público, que será
nuestro Bembo y nuestra bella Duquesa,
nos celebre también, y á mí no me tilde
de pesado! A fin de evitarlo en lo posi-
ble, termino aquí esta difusa epístola, y
con ella nuestra polémica.

V.



NOTAS

.....φανερὸν ὅτι διὰ τὸ εἰδέναι τὸ ἐπίστασθαι
εἰδῶκον καὶ οὐ χρήσεώς τινος ἔνεκεν.

(ARIST.: *Met.*, lib. I., cap. II.)